

lla gran monarquía que habia costado tantas fatigas á Saladino , y tanta sangre á la nacion turca.

ARTICULO III.

Estado de las monarquías y de la sociedad política en Occidente.

Entre las monarquías mas ó ménos dilatadas que dividian la Europa, la de los reyes de Germania era la mas vasta y formidable ; como asimismo la mas agitada de discordias civiles y de guerras extrangeras. La potencia de estos príncipes, que tenían otros muchos por súbditos y vasallos , estaba fundada en los derechos anexos á la corona de Alemania , y en los que por el cetro imperial se añadian á ella. Pero los unos eran frecuentemente combatidos por la ambicion é independencia de los grandes , que baxo diferentes títulos de duques, condes y barones exercian la soberanía en sus pequeños estados ; los otros estaban ó mal conocidos ó limitados por los papas , por los príncipes de Italia, y por las ciudades que aspiraban á quedar libres , siempre que los emperadores ocupados lejos de ellas , no tenían exércitos en pie para sostenerlos.

Henrique IV no vivia ya. Este príncipe , que habia hecho temblar á la Europa , y halládose en 66 batallas vencedor siempre , habia muerto en Lieja en la miseria y el abandono. Perseguido hasta mas allá del sepulcro por un hijo desnaturalizado que le habia precipitado del trono , se le rehusaron los honores de sepultura sagrada , sin que este hijo , autor de su último desastre , se tomase el trabajo de impedir el ultraje hecho á sus cenizas. Comenzó Henrique V. su reynado año 1107 con apariencias que no anunciaban á la Iglesia y al imperio mas quietud que habian disfrutado en tiempo de su padre. Apenas se vió en tranquila posesion de la corona , quando persiguió y declaró la guerra á los príncipes que habian sido fieles al último emperador. En seguida volvió sus miras al lado de la Italia , y sostuvo con extremado calor las pretensiones que en el reynado de Henrique IV habian causado tan grandes disturbios , y acibarado tan cruelmente los dias de aquel desgraciado príncipe. La querrela de las investiduras se reproduxo haciéndose mas viva que nunca. Los papas,

á exemplo de Gregorio VII, imaginaron herido el honor del sacerdocio y los derechos sagrados en dar un príncipe secular á los obispos el báculo y anillo pastoral. Pasqual II, Gelasio II, y Calixto II exercieron toda la actividad de su zelo y todo el aparato de las censuras eclesiásticas para forzar á Henrique V á renunciar á las pretensiones que se mostró mas zeloso de sostener y conservar que ninguno de sus predecesores. Los anatemas , de que le cubrieron los pontífices, y que quiso menospreciar, sublevaron contra él parte de los señores y obispos de Alemania. Estas desavenencias , que podian ocasionar una general rebellion ; hicieron conocer á Henrique quanto interes tenía en reconciliarse con la santa sede. Juntó, pues , una dieta en Wormes , en la qual renunció , con el consentimiento de los estados , el nombramiento de los obispos y abades , dexando á los cabildos y monasterios su libre elección, y prometiendo no dar á los prelados la investidura de los bienes temporales por el báculo y anillo , y sí solo por el cetro, para mostrar que estos bienes eran concesion del príncipe que conservaba sobre ellos la soberanía. Después de este acuerdo fué Henrique admitido al ósculo de paz por los legados del papa ; y murió en Utreht en 1125, á la edad de 44 años, el 19 de su reynado, contando desde la muerte de su padre.

Por muerte de Henrique V. salió el cetro imperial de la casa de Franconia , en que estaba habia mas de un siglo. Los príncipes y obispos de Alemania se congregaron en Maguncia para dar una cabeza á la nacion germánica y al imperio. Eran muchos los candidatos , y cada uno tenía un partido considerable para elevarse á esta primer dignidad del Occidente ; pero el mayor número de votos se reunió en favor de Lotario , duque de Saxonia. Federico, duque de Suabia , habia tenido muchos , y Conrado su hermano , que aspiraba á la corona de Lombardía , sostenido de algunos partidarios adictos á su persona , se ligó con él para negar á Lotario la obediencia y el homenage que se le debía como á cabeza del cuerpo germánico. Federico tomó, pues , el título de rey de Alemania, y Conrado habiendo pasado á Italia , se hizo consagrar rey de Lombardía por el arzobispo de Milan. La rebellion de estos dos príncipes obligó á Lotario á tomar las armas para someterlos. Reunia en sí todas las fuerzas del imperio, y sus ene-

migos solo podian oponerle una débil resistencia. Su pérdida era inevitable si se obstinaban en sostener quiméricas pretensiones contra un soberano universalmente reconocido. Tomaron el prudente partido de precaver por una sumision voluntaria los males de que estaban amenazados. Satisfecho el emperador de verles entrar por sí mismos en su deber los recibió en su gracia, volviendo sus armas contra Rogero, rey de Sicilia, que se habia apoderado de algunas tierras de la santa Sede. Esta nueva guerra, cuyos motivos hacian honor á la piedad de Lotario, se terminó felizmente; pero no gozó este príncipe largo tiempo de la gloria que habia adquirido, pues volvia á Alemania quando le acometió la enfermedad de que falleció en 1137, despues de haber reynado 12 años y poco mas de tres meses.

Los estados de Alemania se juntaron en Maguncia para elegir el sucesor de Lotario que no habia dexado hijos varones. Se temió que Henrique, por sobrenombre el soberbio, duque de Baviera, de Saxonia y de Toscana, yerno del difunto emperador, que se habia apoderado del tesoro é insignias imperiales, llegase á hacerse elegir. Era este un príncipe poderoso por sus vastas posesiones y gran número de vasallos, ambicioso, lleno de orgullo, cuyo gobierno no habia dexado de ser funesto á la libertad del cuerpo germánico. Para desconcertar sus proyectos y las medidas que ya tomaba, muchos príncipes, condes y prelados, juntos en Comblentz, se apresuraron á elegir y hacer consagrar aquel mismo Conrado, duque de Franconia, que baxo el reynado de Lotario habia usurpado la corona de Lombardía. Esto no obstante, Henrique el soberbio, sostenido por un gran número de señores, reclamó contra una eleccion que inutilizaba los medios de que se habia valido para elevarse al imperio, preparándose á sostener su reclamacion con las armas en la mano. Pero se le declaró enemigo del estado en una asamblea de príncipes y de grandes, y ademas se pronunció la confiscacion de sus ducados y todos sus feudos. Se armaba poderosamente para vengar tal afrenta, quando murió segun unos de pesadumbre, y segun otros de veneno. Se siguieron á su muerte algunas guerras particulares, ocasionadas por las pretensiones de diversos príncipes á diferentes porciones de la rica sucesion que quedaba vacante. La prudencia y va-

lor de Conrado lo terminaron todo felizmente. Este príncipe, que con otros muchos habia ido á la cruzada, animado de las vivas exhortaciones de san Bernardo, murió á su regreso de la tierra santa en 1152, despues de haber reynado cerca de 14 años. Se refiere al tiempo de este emperador el origen de los nombres, despues tan famosos, de los güelfos y gibelinos. El nombre de Güelfo ó Welfo era el del duque de Baviera, que habia tomado las armas contra Conrado, y lo invocaban en la guerra sus tropas; el de los imperiales era Weinblingeno, nombre de un lugar en donde se habia criado Federico, duque de Suavia, hermano de Conrado. Estos dos nombres, que degeneraron por corrupcion en los de Güelfo y Gibelino, sirvieron para distinguir los dos partidos; y de ahí nació que en las guerras que desolaron tan largo tiempo la Alemania y la Italia, se dió el nombre de gibelinos á los partidarios de los emperadores, y el de güelfos á sus enemigos.

Conrado III solo dexó un hijo, llamado en lo sucesivo Federico de Rothemburgo, demasiado jóven para sostener el peso del gobierno. Habia, pues, aconsejado á los príncipes de Alemania elegiesen por sucesor suyo á Federico duque de Suavia, su hermano, llamado Barbarroxa, á causa del color de su barba; príncipe que unia á su mérito personal la ventaja de combinar por sus alianzas las dos facciones de los güelfos y gibelinos que dividian el imperio. Todos los votos se reunieron á su favor en la dieta celebrada en Francfort en el mes de Marzo del año 1152. Nada hay mas contradictorio que los retratos de este emperador delineados por los historiadores alemanes, y los escritores italianos. Segun los primeros ha sido uno de los mayores príncipes que ocuparon el trono de Alemania. Al valor mas esclarecido juntaba una firmeza de ánimo incontrastable, una maravillosa destreza para insinuarse en los corazones y ganar las voluntades, y una eloqüencia natural y persuasiva; sabia recompensar y castigar oportunamente, y poseia los talentos propios á realizar sus grandes proyectos y desconcertar los de sus enemigos. Los segundos por el contrario, le representan como un tirano duro y desapiadado, un ambicioso que queria tragarlo todo, y hacer á los soberanos vasallos suyos, un príncipe sin fe que se burlaba de las promesas y de los tratados, que nada respetaba quando su grandeza y sus intereses estaban por me-

dio, y que sacrificaba la quietud de la Europa á los deseos que tenia de dominar como soberano absoluto desde las extremidades del Norte al centro de la Italia. El rigor, tal vez excesivo; con que castigó las frecuentes rebeliones y la indocilidad obstinada de los lombardos, sus largas desavenencias con los papas, y el escandaloso cisma de que fué autor y principal apoyo, son sin duda los motivos que han hecho la pluma de los autores ultramontanos ó italianos tan severa, por no decir tan injusta, hácia él.

Pero la historia, que juzga de los príncipes sin parcialidad porque está desnuda de pasión y de interés, contará siempre á Federico I entre los grandes hombres y los héroes. Ningun emperador le habia precedido que mejor conociese los derechos del trono, y que mejor supiese hacerlos respetar. Su carácter era elevado, su alma noble é incontrastable, su valor incapaz de ceder á los reveses, su política tal vez demasiado ambiciosa y poco flexible; si alguna vez llevó demasiado adelante su venganza, es menester confesar tambien que los rebeldes que tuvo que someter irritaron su severidad con ultrajes que un príncipe ménos zeloso de su autoridad hubiera tenido trabajo en no castigar de un modo propio para servir de exemplo, y á contener los facciosos siempre dispuestos á tomar las armas. Ningun príncipe fué más activo y más aplicado á los negocios, más atento á aprovecharse de los sucesos, y á reunir todas las circunstancias al plan que se habia propuesto. Siempre en acción, se le vió casi á un mismo tiempo mandar sus exercitos, dar batallas, sitiár y tomar ciudades, negociar con los papas, y dictar leyes á los príncipes de Alemania en las dietas en que los diferentes órdenes del cuerpo germánico parecian haberse soló juntado por sujetarse á su voluntad.

Halló Federico en los papas Adriano IV, y Alexandro III dos contrarios dignos de él. Pero despues de haberles resistido largo tiempo, se vió, sin embargo, obligado á ceder al ascendiente que una política firme, constante, y disfrazada con el velo sagrado de la religion, daba á estos pontífices sobre un príncipe, confiado solamente en sus armas y su valor. Por el tratado que hizo con el último de ellos en 1177, renunció al derecho de las investiduras, causa de tantas guerras y calamidades. Le determinaron á tomar este partido las ventajas que los rebeldes de Italia, tan rigurosa y frecuentemente castigados, pero

siempre indomables, habian adquirido sobre él; el carácter inflexible de Alexandro III, que se mostraba más fuerte y más absoluto en las desgracias que en la prosperidad; y últimamente, la vergüenza de que toda la Europa cristiana le mirase como perseguidor de la cabeza de la religion. A todas estas razones se agregaba un motivo de intereses y de política, qual era el de unir para siempre la Sicilia á sus demas estados, haciendo recaer este reyno en su familia por el casamiento del príncipe Henrique, su hijo y sucesor en el imperio, con Constanza, tia y única heredera del rey Guillermo II. Siendo el reyno de Sicilia feudatario del papa se necesitaba su beneplácito para asegurar el fruto de esta alianza; este fué el motivo de reconocimiento y condescendencia, al qual creyó habia de ceder Federico. Este príncipe, cuyo valor no podia estar ocioso, no teniendo más enemigos en Europa, fué á buscar nueva fortuna del otro lado del mar. Engañado por los griegos, y extraviado por caminos peligrosos por la perfidia de sus guías, y continuamente observado de los turcos, debió más de una vez su vida á su espada. El Asia, testigo de los prodigios de su valor, por los quales se hizo famoso; tanto contra los griegos, como contra los infieles, vino á ser su sepultura. Se ahogó, pues, en las aguas del Cisno, en que entró á bañarse. Se refiere al año de 1190, la desgraciada muerte de este gran príncipe, siendo á los 69 de su edad, y 39 de reynado.

Los estados de Alemania no se juntaron para elegir la nueva cabeza del cuerpo germánico, porque Henrique, hijo de Federico, habia sido coronado rey de romanos en 1169, y como tal destinado para sucesor del trono. Despues de haber determinado en Alemania algunas guerras de poca entidad, pasó á Italia con un numeroso exercito para hacer valer los derechos de Constanza, su esposa, sobre la Sicilia y demas estados del rey Guillermo II que acababa de morir. Los sicilianos, temiendo la dominacion de un príncipe extranjero, habian elegido un soberano de su nacion en la persona de Tancredo, hijo natural de Rogero, duque de Puglia, y nieto de Rogero II, primer rey de Sicilia, príncipe amable y valeroso, que habia cautivado los corazones de todos sus vasallos por las bellas prendas de que estaba dotado. Se hallaba sostenido del papa Clemente III, que no temia ménos que los sicilianos la union del

reyno de Sicilia con los demas estados de la casa imperial. Henrique VI marchó contra este rival, infundiendo el terror por todas partes por los rigurosos tratamientos que hizo sufrir á las ciudades que cayeron en su poder. Desde el principio de esta guerra el rey Tancredo fué arrebatado al amor de sus súbditos por una muerte anticipada. No dexaba otra esperanza á los sicilianos, que un hijo aun de tierna edad, á quien habia hecho coronar ántes de su muerte, y á quien la nacion reconoció por legítimo heredero del trono, en cuya posesion se le puso baxo la tutela de la Reyna Sibilla, su madre, princesa que juntaba el valor y la firmeza de los héroes á todas las virtudes de su sexo. Henrique VI nada dexó de hacer para apoderarse de la madre y del hijo. Y no habiéndolo conseguido por fuerza á pesar del buen éxito de sus armas y del descaecimiento de los sicilianos, recurrió al engaño y á la perfidia para lograr su intento. Sibilla, vencida por sus promesas, y destituida de todo recurso, se puso en sus manos con el jóven rey su hijo. Apénas se vió dueño de esta presa, quando entregándose á toda su barbarie, trató á la madre, al hijo, y á todos los señores que le habian sido fieles, con una crueldad que horroriza. La horca, la hoguera, y los suplicios ordinarios no eran suficientes á su rabia; inventó otros de nuevo, llevando la atrocidad hasta hacer desenterrar los dos últimos reyes, para despojar á sus cadáveres de la diadema y mas insignias con que habian sido sepultados. Despues de haber Henrique exterminado á todos aquellos cuyo valor y zelo temia, se preparaba á hacer la guerra al emperador de Oriente, quando murió en Messina el año de 1197, á los 32 de su edad, y 9 de reynado. Su inclemencia, su sed de sangre y su poca fe, han hecho odiosa su memoria, y que se le colocase en el número de los tiranos, que solo reynaron para desdichas de los pueblos y deshonor del trono.

Miéntas que la Alemania y la Italia eran víctimas de las guerras y facciones, originadas de la perpetua rivalidad de los papas y emperadores, la Francia desolada por todos los males de la anarquía feudal, empezaba á hacer débiles esfuerzos para ponerse en equilibrio con las potencias que la rodeaban. Al principio de este siglo era su rey Luis VI, llamado el *Grueso*, príncipe activo, valeroso, y mas político y meditativo en sus designios que solian ser-

lo los príncipes de su tiempo. Con una conducta sólida, y sostenida con su valor y su talento, asentó ó puso los fundamentos del poder á que llegaron sus sucesores despues de fatigas y empresas difíciles, cuyo plan habia trazado. Se puede juzgar por un solo exemplo del triste estado á que la autoridad real se hallaba entónces reducida; y es lo que costó á Luis VI muchos años para someter con todas sus fuerzas un señor de Puiset, que en un castillo de la Beosa despreciaba con insolencia el pequeño ejército de su soberano. Despues de haber sojuzgado los pequeños tiranos de la isla de Francia, volvió sus miras hácia los grandes vasallos tan difíciles de contener como de sujetar, porque varios de ellos eran mas poderosos y temidos que su monarca. En este reynado y con motivo de la guerra que Luis el Grueso tuvo que sostener contra el emperador, ligado con los enemigos de la Francia, fué quando comenzó la usanza de ir á tomar sobre el altar de san Dionisio el famoso estandarte, llamado el *Oriflamme*, que llevaba á los combates el conde de Vexin, patrono de aquella abadía.

El abad Sugerio, religioso edificante en el claustro, súbdito fiel, buen ciudadano, y político diestro en el gobierno, que habia auxiliado á Luis VI, sostuvo el peso de los negocios en tiempo de Luis VII, llamado el *Jóven*, que subió al trono de Francia en 1137, conservando al reyno la estimacion que habia adquirido por el valor y la prudencia del príncipe que acababa de perder. Este sabio ministro previno ó reparó los males que la inquietud, la debilidad y la devocion mal reglada del nuevo monarca causaron al estado. Si el rey le hubiera dado crédito, no habria abandonado el cuidado del gobierno en un tiempo en que era necesaria su presencia por ir á llevar su inquietud al Asia, en tanto que los grandes vasallos, humillados por su padre, aspiraban á sacudir el yugo que ajaba su orgullo y estrechaba su ambicion. Luis VII, príncipe animoso, pero imprudente y ligero, no supo aprovecharse de los consejos de un hombre versado en los negocios, y que conocia mejor que él los verdaderos intereses del estado. Partió, pues, para la tierra santa, llevando consigo á su esposa Leonor de Aquitania, á quien amaba tiernamente, y le deshonoraba por una conducta á lo ménos muy equívoca; hizo patentes á vista de los príncipes cruzados sus sospechas y su deshonor. Esta primer flaqueza le precipitó en

otra. Los zelos y tal vez el disgusto le hicieron repudiar aquella reyna, que acaso no era culpable sino de algunas imprudencias. El le restituyó la Aquitania y el Poitou, que habia llevado en dote, como heredera de Guillermo, último poseedor de estas bellas provincias, que pasaron bien presto al competidor mas peligroso de la Francia. El abad Sugerio, que preveía las consecuencias de aquel divorcio, se opuso á él mientras vivió, no habiéndole Luis VII consumado hasta despues de la muerte de aquel grande hombre acaecida en 1152. Este error, que por todas razones debía excusarse, fué para el reyno un manantial inagotable de calamidades, y para la Inglaterra un principio de poder que la hizo tan largo tiempo formidable á los monarcas y pueblos franceses. Leonor se casó de segundas nupcias con el príncipe Henrique, conde de Anjou, y duque de Normandía, que reynó poco tiempo despues en Inglaterra con el nombre de Henrique II, por cuyo medio se vió baxo sus leyes la mitad de la Francia. El reynado de Luis VII duró hasta el año de 1180, en el qual murió despues de una peregrinacion que hizo á Inglaterra al sepulcro de santo Tomas de Cantorberi, cuyo protector y amigo habia sido; estaba en la edad de 60 años, y habia reynado mas de 43. Hubiera sido un gran príncipe, si las prendas del espíritu hubieran correspondido á las del corazón que tenia lleno de rectitud y de franqueza. Algunos autores han pretendido que el sobrenombre de Jóven no se le habia dado por haber llegado á la corona quando solo tenia 18 años, sino por haber vuelto á Leonor la Guiena y el Poitou al repudiarla, accion que se miró como una puerilidad, ó por mejor decir, como una imprudencia ó ligereza.

Apénas subió al trono Felipe II, hijo de Luis VII, quando la Francia entrevió en las bellas calidades de aquel príncipe los principios de prosperidad y de gloria de que iba á gozar. Su siglo le dió el nombre de Augusto, y la posteridad le ha confirmado en él. Lo mereció por su valor sobresaliente, por su talento vasto y sólido, por su profunda y segura política, por su ingenio que igualmente le hacia diestro en la guerra y en el gobierno, por su amor á las ciencias y artes, por su grandeza de alma y su generosidad, por sus victorias y conquistas, y en una palabra, por todo lo que hizo por el honor de la corona y la felicidad de su pueblo. Su reynado de 43 años es uno de los

mas bellos y memorables de nuestra historia, por los grandes sucesos que en él se vieron, y por las reuniones que se hicieron, por las quales recobró la magestad real una parte del poder de que habia sido despojada en un tiempo de floxedad y confusion. La nacion viendo á su frente un gefe digno de mandarla, desplegó baxo aquel príncipe su carácter noble y generoso, su valor, su industria, su pasion por la gloria, el amor á sus soberanos, y todas las demas calidades brillantes y sólidas que la hacen capaz de las mayores empresas quando se le conduce segun su genio.

Si Felipe cometió algunas faltas, si no obró con política ni con equidad, expeliendo á los judíos del reyno, cuyo comercio, y por consecuencia una parte de las riquezas movibles estaba en sus manos, y declarando á sus deudores absueltos de las deudas; si olvidó durante la tercer cruzada el juramento que habia hecho á Ricardo, rey de Inglaterra, de no atacar sus estados mientras estuviese combatiendo con los infieles del Asia; si se comprometió facilmente con Roma, repudiando la reyna Ingerburga, que se le obligó á volver á tomar; y en fin, si le arrastraron algunas flaquezas de que no estan exentos la mayor parte de los mas grandes hombres, con cuántas bellas acciones no compensó sus errores mas perdonables aun en un siglo medio bárbaro, en que la razon estaba aun tan léjos de perfeccionarse, y en que los derechos de la justicia y de la humanidad no se conocian muchas veces? La victoria de Bouvines, ganada al emperador el 27 de Julio de 1214, siempre celebrada en los fastos de la nacion, en que favorecido Felipe de la principal nobleza, hizo prodigios de valor; el destino de un archivo en donde los títulos de la corona guardados cuidadosamente no estuviesen expuestos á caer en manos de los enemigos, como acababa de suceder por una consecuencia de la perjudicial costumbre que habia subsistido hasta entónces de conducirlos, siguiendo al rey en campaña; la Normandía y demas tierras que el rey de Inglaterra poseia en Francia, restituidas baxo la autoridad inmediata del príncipe por un juicio solemne; la Turena, el Anjou, el Maine, el Poitou, el Auvergne, el Artois, el Vermandois y otros varios feudos de menor importancia, reunidos de diferentes modos al dominio de la corona, un cerco de muralla levantado al rededor de París

para adorno y defensa de esta capital, ya muy extendida en comparacion de lo que hasta entónces lo habia sido; una milicia reglada y permanente pagada por el príncipe, y siempre dispuesta á executar sus órdenes; finalmente otras muchas instituciones igualmente útiles, fruto de su prudencia y de su política; tales son los títulos que deben asegurar á Felipe Augusto el reconocimiento de los franceses, y los elogios de la posteridad. Dexó á la Francia con doble aumento por sus conquistas y reuniones, y respetable á toda la Europa. Se le debe mirar como á un segundo fundador de la monarquía, y nuestros reyes le son particularmente deudores de esta autoridad, que en lo sucesivo no ha hecho sino extenderse y consolidarse.

Habia gemido la Inglaterra baxo el duro gobierno del imperioso y feroz Guillermo el Roxo, muerto el año último del undécimo siglo, sin hijos legítimos y sin haberse casado. Enrique I su hermano, tercer hijo de Guillermo el Conquistador, se apoderó del trono en perjuicio de Roberto, duque de Normandía, su primogénito, que aun no habia vuelto de la cruzada en que se habia empeñado algunos años ántes, y que segunda vez se halló excluido de la corona. Este príncipe valiente y generoso, á quien en parte se debe el buen éxito de la primera cruzada, hizo vanos esfuerzos para arrojar á su hermano del trono de Inglaterra, que le habia usurpado. Se vió otra vez despojado de sus estados en el continente por el ambicioso Henrique, que violando con frívolos pretextos el tratado que con él habia concluido, se echó sobre la Normandía haciéndose dueño de ella por la sangrienta batalla de Tinchebrai. Las discordias de Henrique con los obispos de su reyno á causa de las investiduras, introduxeron la turbacion en la iglesia de Inglaterra. Su dureza con los prelados que le resistieron, y la persecucion que hizo sufrir á san Anselmo el mas valeroso de todos, como tambien el mas ilustrado, son una tacha para su memoria. Por lo demás fué este príncipe valeroso, hábil en la ciencia del gobierno, humano con sus súbditos, y sabio para en aquel tiempo, lo que le hizo dar el sobrenombre de Bellocle-rigo. Abolió la ley gravosa y tiránica de los hogares, establecida por Guillermo el Roxo, é hizo en favor del pueblo una carta llena de privilegios; carta preciosa para la nacion inglesa porque fué el origen de la libertad de que se

muestra tan zelosa, y que en lo sucesivo extendió tanto.

Viéndose Henrique I sin hijos varones, habia tomado varias medidas ántes de su muerte, acaecida en 1135, para asegurar la corona de Inglaterra á su hija Matilde, viuda del emperador Enrique V, y casada de segundas nupcias con Gofredo Plantageno, conde de Anjou. Pero Esteban, nieto de Guillermo el Conquistador por su madre Adela, esposa de Esteban, conde de Blois, habiéndose apoderado de los tesoros del rey difunto, se sirvió útilmente de ellos para grangearse los votos de los grandes, y la aficion del pueblo. El obispo de Winchester, su hermano, poderoso por su nacimiento y su dignidad, y aun mas por su carácter de legado de la santa sede, interesó á su favor de tal modo al clero, que á su arribo á Londres fué proclamado rey de Inglaterra sin el menor obstáculo. No obstante Matilde, auxiliada del conde de Gloucester, su hermano, se disponia á hacer valer sus derechos á un trono, al qual le llamaban igualmente su nacimiento y la última voluntad de su padre. Al principio no manifestaron los ingleses un gran interes por esta princesa, porque no querian ser gobernados por un rey de una familia extranjerá. Preferian, pues, á Esteban descendiente de Guillermo el Conquistador que unia la clemencia, la afabilidad, el valor y el talento militar á una presencia magestuosa, y á un exterior agradable.

Las faltas esenciales le hicieron perder las ventajas que podia sacar del afecto de la nacion, que le prometia un reynado apacible. Fué la primera permitir á los señores fortificar sus castillos, condescendencia que favorecia demasiado al espíritu de faccion y de independencia, para que no abusasen de ella. Hubo en poco tiempo mas de mil y cien de aquellas fortalezas que servian de asilo á otros tantos tiranos. La segunda, indisponerse con el clero que le habia sido de un gran socorro para subir al trono, y cuyos privilegios habia jurado conservar. Irritados los obispos del proceder violento de que habia usado con algunos de sus compañeros indiciados de favorecer á la princesa Matilde, se declararon contra él, y el obispo de Winchester su propio hermano se puso á su frente. El pueblo tomó parte en la querrela de los pastores, y bien presto Matilde se vió soberana de Londres, en donde fué recibida y proclamada Reyna con la solemnidad ordinaria. Nada faltaba á